



Fig. 565. — Muros de Roma de la época de los reyes.

## CAPÍTULO XVII

ORÍGENES DE ROMA.— LOS PRIMITIVOS SANTUARIOS LATINOS.— EL ARTE ETRUSCO.  
LOS TEMPLOS REPUBLICANOS DE ROMA Y DEL LACIO.— LAS BASÍLICAS.— LOS FUNDIDORES EN BRONCE.  
LA ESCUELA HELENÍSTICA DE LA CAMPANIA.

HACE tan sólo cincuenta años que no se conocía nada de la existencia del hombre prehistórico en Italia. Mommsen, al empezar á escribir en 1850 su *Historia de Roma*, podía decir con exactitud para aquel entonces: «Hasta hoy día, nada nos da derecho á afirmar que el hombre haya existido en Italia en un estado más primitivo que el que supone el cultivo de los campos y el conocimiento de los metales. Y si anteriormente la especie humana había habitado la península en un estado más primitivo, los restos de esta época, en todo caso, han desaparecido.» Poco después que Mommsen escribiera estas palabras en su clásico libro, empezaban los descubrimientos de las edades prehistóricas en Italia. Nada hay más rico, á la hora presente, más lleno de sorpresas y de esperanzas para el porvenir, que este mundo primitivo de la Italia, anterior á la civilización histórica. Los materiales son abundantísimos, desde los más rudimentarios sílices tallados, que se encuentran por todas partes, hasta los cuadros variados de pueblos en plena organización, ya de los últimos tiempos de la vida neolítica. Otro punto de gran interés de la prehistoria italiana, es el hecho de empalmarse con la más antigua civilización histórica de Europa. De todos los países de Occidente, Italia y Roma, particularmente, son los únicos que tienen antigua historia, resumida por la tradición literaria. Así como el Egipto y la Caldea han servido para fijar la cronología de los tiempos prehistóricos en Oriente, la prehistoria italiana nos dará también fechas positivas, con las que



Fig. 566.—Urna cineraria del Lacio en forma de cabaña. (Foro romano)

podremos establecer conjeturas para la restante civilización prehistórica en las demás naciones de Europa que surgieron en pos de ella. El hombre primitivo italiano debió tatuarse y pintar su piel; los cráneos encontrados en las grutas que le servían de sepultura, demuestran esta costumbre, porque están teñidos de ocre y junto al cadáver se halla una pequeña vasija con pintura para renovar su tocado. Algo más tarde, en lugar de sepultar los cadáveres, se procede á su cremación y las cenizas son depositadas en toscas vasijas, que se guardan luego en el fondo de pozos abiertos artificialmente en la roca (figura 567). A este grupo de sepulturas pertenecen las de una importante necrópolis vecina á Bolonia, llamada de Vilanova, donde ya se encuentran, además de la cerámica, varios objetos de bronce. Algunas veces las ollas cinerarias son substituídas por pequeñas vasijas en forma de cabaña, y los restos de la cremación son encerrados en esta vivienda en miniatura, imagen de la que los difuntos debieron habitar en vida. Estas cabañas funerarias son todavía idénticas á las que construyen los pastores trashumantes del Lacio, á las puertas mismas de Roma; las perchas salen de la cubierta, mostrando la típica construcción de troncos y ramas (fig. 566).

La más importante (por el lugar que ocupa) de todas estas necrópolis con tumbas en forma de pozo y vasijas cinerarias, es la descubierta en 1902 en el propio Foro Romano. Otras tumbas aisladas habían sido encontradas ya en Roma, en el Quirinal, demostrando que el lugar famoso de las siete colinas había estado habitado desde la época prehistórica y, por consiguiente, anteriormente á la fecha que los escritores romanos de la antigüedad fijaban para la fundación de Roma, que era el 753 antes de J.C. Pero la necrópolis del Foro



Fig. 567.—Pozo con la vasija conteniendo la urna y el ajuar funerario. (Boni)

indicaba más aún; no eran simples tumbas aisladas, sino el enterramiento común de una población que debía ocupar una de las colinas inmediatas al valle del Foro, probablemente el Palatino, donde era tradicional también que había existido el primer embrión de la ciudad naciente (fig. 568). Las tumbas prehistóricas del Foro son extraordinariamente pobres de ajuar funerario; las cenizas del cadáver parecen abandonadas dentro de la vasija ó la cabaña en miniatura de tierra cocida, junto con algunos otros vasos; conviene recordar que la primitiva ley de Roma, la llamada de las Doce tablas,



Fig. 568.—Necrópolis prehistórica del Foro romano, con tumbas en forma de pozo.

proscribe el lujo de los sepulcros; los difuntos deben ser enterrados sin más objetos de oro que el usado para sostener los dientes.

Por la misma época que en el centro de Italia habitaban estas poblaciones, con un cuadro bien pobre de cultura neolítica, en el Norte, en la Lombardía y la Emilia se instalaban otros pueblos que vivían en un estado de civilización algo más avanzado. Habitaban particularmente en las llamadas *terramares*, campamentos construídos sobre una plataforma de madera sostenida por pilotes. Esto suele indicar el primitivo origen de un terreno pantanoso, pero más tarde, aun cuando construían las ciudades en lugares montañosos, sin ningún peligro de humedad, los habitantes de las *terramares* empezaban por clavar unas hileras de troncos en el suelo, sobre los que apoyaban un gran tablado que servía de pavimento para sus chozas. Las *terramares* se han reconocido precisamente por las señales de los pilotes y los innumerables restos caídos desde la plataforma, que con el tiempo llegaron á constituir una capa bastante gruesa, depósito precioso hoy día de material arqueológico.

Las *terramares* estaban rodeadas por un talud ó muralla de tierra, con cuatro puertas en los centros de los cuatro lados del tablado, que era perfectamente rectangular. Dos anchas calles de chozas iban de Norte á Sur y de Este á Oeste, y el estudio astronómico de las ligeras desviaciones de su orientación ha hecho suponer que el plano de estas ciudades se fijaba precisamente durante la primavera.



Fig. 569.—Ramal de la Cloaca máxima. ROMA.



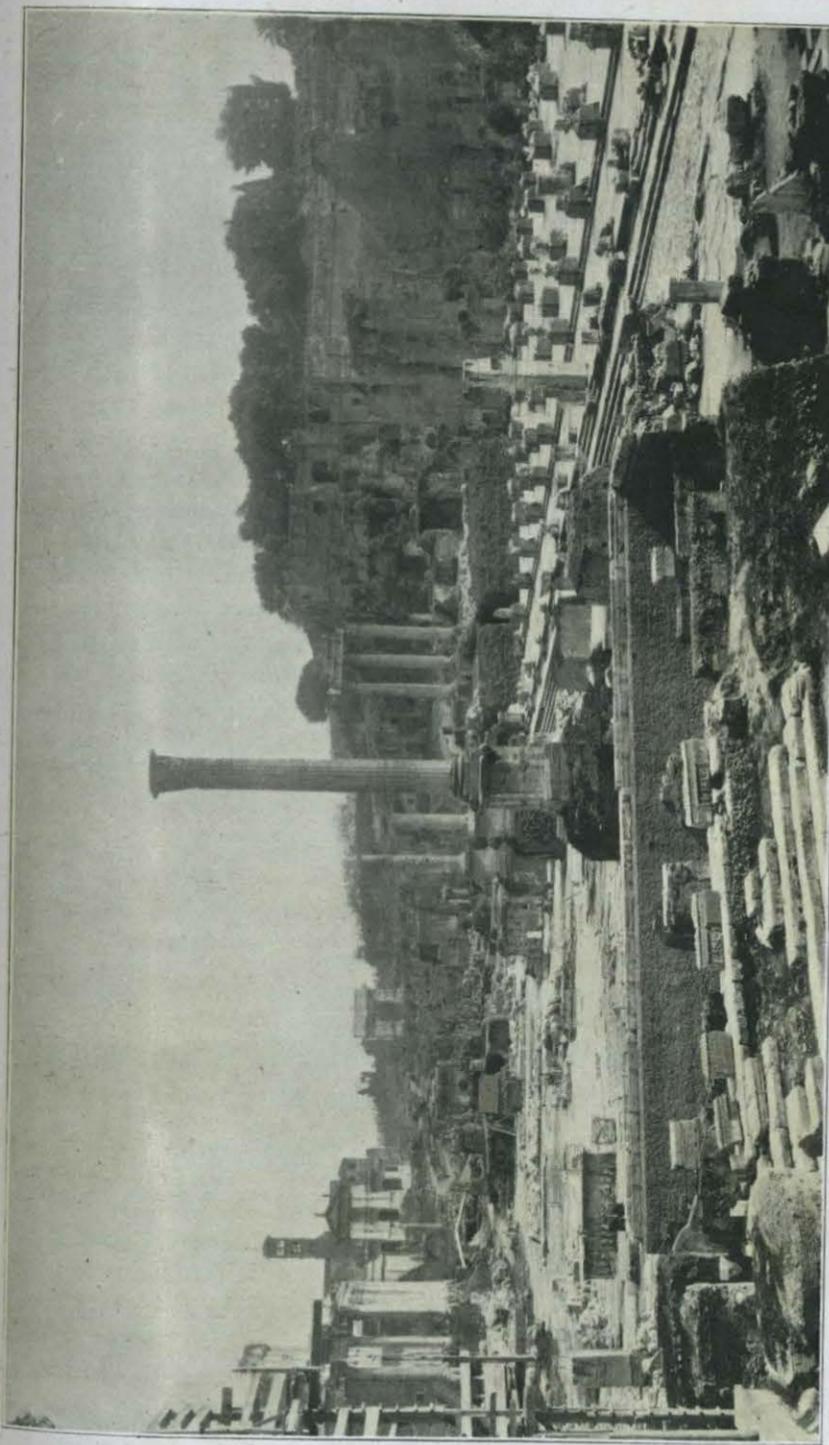
Fig. 570. — Muros de Norba. LACIO.

ron la *plebs*, los recién llegados las familias del patriciado romano, que se conservaron siempre aparte y formaban la aristocracia directora. Con su venida se constituyó realmente la ciudad, y por esto después fué perpetuado el hecho con la leyenda de la fundación de Roma, el suceso más trascendental de la historia de Italia. En la organización ya casi municipal del pueblo de las *terramares*, que desde la remota época neolítica había aprendido á vivir disciplinado, en común, dentro de una ciudad rudimentaria de barro y de madera, se buscan hoy los antecedentes civiles de Roma, con sus innegables aptitudes para el gobierno y la administración.

Resulta curioso, sin embargo, observar que este pueblo de las *terramares* aprendió en seguida, en el Lacio, á construir grandes muros de piedra para encerrar sus ciudades, todavía cuadradas, como lo era el primer recinto del Palatino. Esta colina de Roma, que más tarde quedó ocupada toda ella por el palacio imperial, guarda en sus capas inferiores recuerdos de la primitiva población del Lacio y de estos segundos ocupantes, que suponemos fueron las tribus de las *terramares*. Allí habitaban los patricios y había allí varios santuarios antiquísimos, en forma de cabaña, que existieron hasta muy tarde, como la llamada *cabaña de Rómulo*. Aun hoy, debajo de los cimientos de los palacios imperiales, que atraviesan sin destruirlas las casas de patricios de la época republicana, más abajo aún, hay unas antiquísimas construcciones circulares, de enormes piedras escuadradas, que acaso tuvieran un empleo litúrgico ó funerario, como las cámaras del tipo del teatro de Atreo en la civilización micénica.

El valle del Foro, al pie del Palatino, durante esta primera época de la historia de Roma quedaba aún fuera de la ciudad. Más tarde, en tiempo de los emperadores, cuando el Palatino era una colina cubierta de palacios magníficos, todavía á la puerta del lado del Foro, que por medio de una rampa conducía al valle, se la llamaba *puerta Mugonia*, porque la tradición aseguraba que por allí, en los primeros días de Roma, descendían los ganados á abrevarse en los estanques aun no desecados del valle (Lám. XXIX). Debió continuarse ente-

Estas condiciones, como la planta regular y sus dos calles en ángulo recto, que también se encuentran en las reglas de la urbanización romana, han hecho creer que estos pueblos de las *terramares* fueron los que descendieron á la Italia central y se impusieron por su civilización superior á las primitivas poblaciones del Lacio. Los antiguos pobladores fue-



ROMA. El valle del Foro visto desde el Capitolio. A la izquierda, el monte Esquino, y á la derecha, el Palatino; en el fondo la Velia.

rando los cadáveres en el Foro, porque las últimas excavaciones han puesto al descubierto la famosa tumba de Rómulo, de que hablaron los historiadores antiguos y que había sido tapada, para asegurar su conservación, con una magnífica piedra negra, *niger lapis*. Debajo del *niger lapis*, cubierto por los escombros, se encontró un singular monumento sepulcral con dos bases, que debían



Fig. 571. — Muros de la Acrópolis latina de Alatri.

sostener dos leones, una ara en el centro y, en uno de los lados, una estela con una inscripción latina, pero de época tan primitiva que, aun cuando puede leerse bien, sólo han podido descifrarse algunas palabras.

La tumba real, llamada de Rómulo, pertenece á la época de las grandes obras de urbanización llevadas á cabo en Roma por dos personajes acaso fantásticos, los reyes Servio Tulio y Tarquino, de origen etrusco; ellos simbolizan la época de la influencia etrusca en Roma, que debió durar largo tiempo. Ya hablaremos más adelante de los etruscos; veamos ahora cuáles eran estas primeras obras municipales. En primer lugar, los muros de la pequeña ciudad palatina fueron alargados ya por Servio Tulio, encerrando en su recinto otras colinas; la muralla de grandes bloques ha resistido hasta hoy en muchas partes; unas hiladas eran de piedras introducidas de tizón, esto es, perpendiculares todas al paramento del muro, y otras alternas, en líneas paralelas al mismo (fig. 565).

Contemporáneamente, debieron iniciarse los trabajos de saneamiento; se atribuye á Servio Tulio la cloaca máxima, que en su largo trayecto recoge todavía hoy las aguas del valle del Foro (figura 569).

No solamente Roma, sino también una larga serie de otras ciudades del

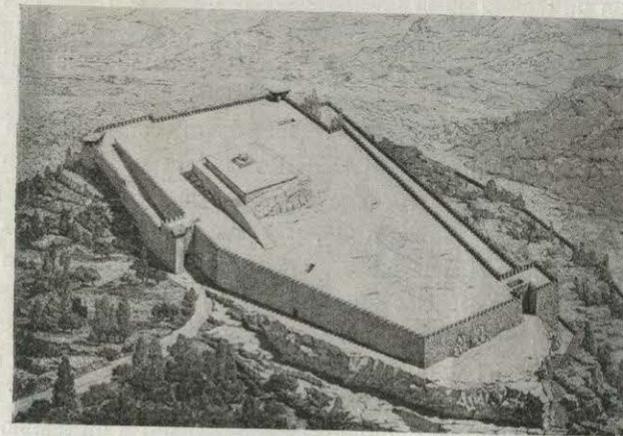


Fig. 572. — Restauración de la Acrópolis de Alatri.

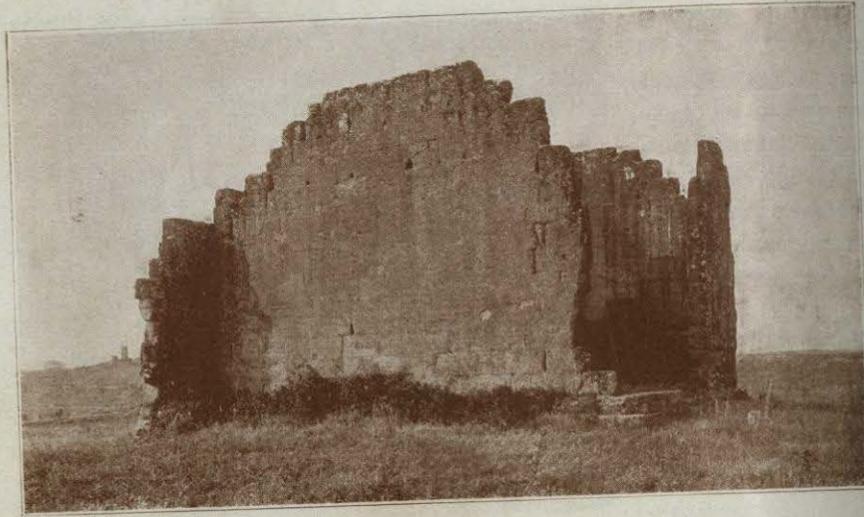


Fig. 573.— Ruinas de un primitivo templo latino. GABII. (Delbrück)

Lacio, fueron encerradas entre grandes muros de aparejo cuadrado ó poligonal. En un principio se tuvieron por obra de los pelagos y otras poblaciones antiquísimas del Mediterráneo; hoy, aunque seguimos poco más ó menos en la misma ignorancia acerca de las razas itálicas, sabemos mejor á qué atenernos en cuanto á su antigüedad. Los famosos muros *ciclópeos* de una ciudad abandonada del Lacio, Norba, han probado, merced á las excavaciones, que fueron asentados sobre una capa en la que se hallan ya vestigios de cerámica relativamente moderna (fig. 570). Ya no son pelásgicos ni misteriosamente prehistóricos, sino contemporáneos de los muros romanos del período de Servio Tulio. Al lado de Roma, pues, otras ciudades constituídas en estados se encerraban también dentro de fuertes muros de piedras más ó menos escuadradas.

Otros, como los de Alatri, tienen ya las piedras labradas en aparejo poligonal; el formidable recinto de Alatri parece haber sido una acrópolis religiosa, con un templo en lo alto de una gran terraza y una pequeña *cella*, que dominaba gran parte del Lacio (figs. 571 y 572). Así debió ser el famoso santuario de Palestrina, la antigua Prenestre, en cuyo templo de la Fortuna se celebraba aún el culto en la época imperial. Un santuario latino, en la antigua Gabii, nos muestra ya una *cella* de grandes dimensiones, construída con bloques escuadrados, como las murallas primitivas de Roma, pero su situación dominante en un altozano se prestaba á rodearle de plataformas y terrazas á propósito para las grandes reuniones populares (fig. 573). Así, en sus principios, Roma era ya lo que fué siempre; el alma latina, para su culto organizado con pompa social, necesitaba de estos espacios abiertos, donde pudieran congregarse las multitudes.

Otra acrópolis también religiosa debía ser, ya desde la fundación de la ciudad, la del Capitolio de Roma. Este monte, separado de la ciudad cuadrada del Palatino sólo por el valle del Foro, fué fortificado por los reyes etruscos, y la doble cumbre del Capitolio sirvió de asiento á un templo y una ciudadela. Este templo del Capitolio, varias veces reconstruído, ya veremos que subsistió hasta

la época histórica y fué venerado como el centro principal de la piedad romana. Fué descrito ininidad de veces por los escritores antiguos, que lo presentaban como el lugar más santo de la vieja Roma. Constaba ya, desde un principio, de tres *cellas* separadas, para tres cultos reunidos en el mismo santuario: la tríada capitolina, Júpiter, Juno y Minerva, los dioses protectores del pueblo romano (fig. 574). Tenía un pórtico doble, con cuatro columnas de fachada, mucho más separadas que las de los templos griegos clásicos. Su cornisa estaba decorada con acroteras muy complicadas y sus frontones con grupos de estatuas de tierra cocida. El culto capitolino de Roma ya hemos dicho que debió ser antiquísimo, acaso anterior á la influencia etrusca en la ciudad, pero el aspecto definitivo del templo lo adquirió con las primeras restauraciones, hechas durante el período en que Roma estaba, bajo el punto de vista artístico, sometida á la tutela etrusca. Cuando más tarde se quemó el vetusto edificio etrusco, en tiempo de los Antoninos, al restaurarlo por milésima vez los emperadores respetaron su primitiva disposición, con las tres *cellas* con tres puertas y las columnas distanciadas exageradamente (fig. 575).

Hora es ya de hablar del pueblo etrusco, que, como vemos desde los primeros días de Roma, ejerció tanta influencia en su formación espiritual y también en la artística. Los etruscos no pertenecían á las antiguas razas italiotas; todos los historiadores están de acuerdo en que llegaron á la península el siglo IX antes de Jesucristo, gozando ya de un estado de cultura bastante avanzado. (Herodoto dice concretamente que procedían de la Grecia asiática y que, después de haber costado muchos pueblos, llegaron á la tierra de los umbros, «en donde todavía viven, y tienen hoy sus ciudades.» Esto hace suponer que los etruscos fueron un pueblo que emigró en masa, pero por la vía marítima, y que desde las costas de Jonia llegó por mar á las playas mediterráneas de la Italia central, en la región que forma hoy la Toscana, y donde estaban antiguamente las principales ciudades etruscas. Los umbros, señalados por Herodoto, serían los primitivos italiotas: los habitantes del Lacio, y acaso los invasores de

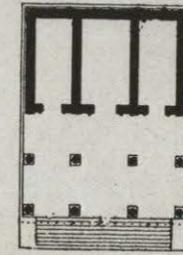


Fig. 574.— Planta del templo primitivo del Capitolio. ROMA.

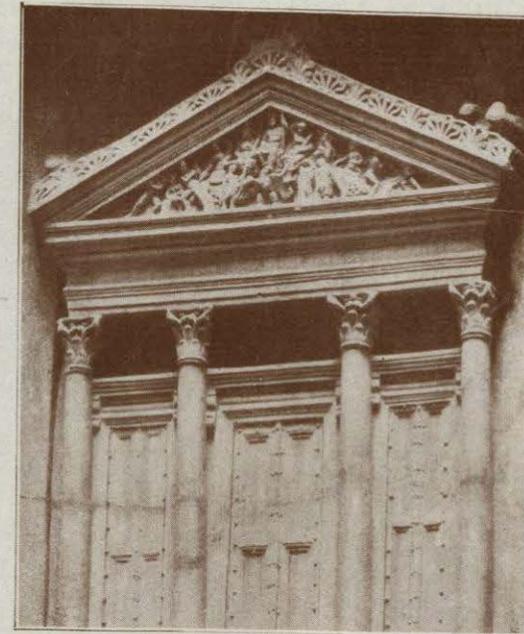


Fig. 575.— Templo Capitolino después de las restauraciones de la época imperial. Relieve del arco de Marco Aurelio. ROMA.



Fig. 576.—Territorio de la Etruria.

una fachada, muy parecidos á los de ciertas tumbas de la Lidia. A veces, en lugar de abrir la tumba en la roca, formaban un túmulo artificial de tierra sobre un gran pedestal ó basamento de piedra con molduras. Estos túmulos recuerdan también las gigantescas sepulturas de la Lidia, como la que todavía subsiste de Alyate, el padre de Creso. Varios túmulos etruscos de este género se encuentran en Cere, dominando una vasta necrópolis (fig. 577).

Abierta en la roca ó dentro del túmulo, el techo de la cámara conserva la forma de una arquitectura de madera, la piedra ha sido tallada formando el techo

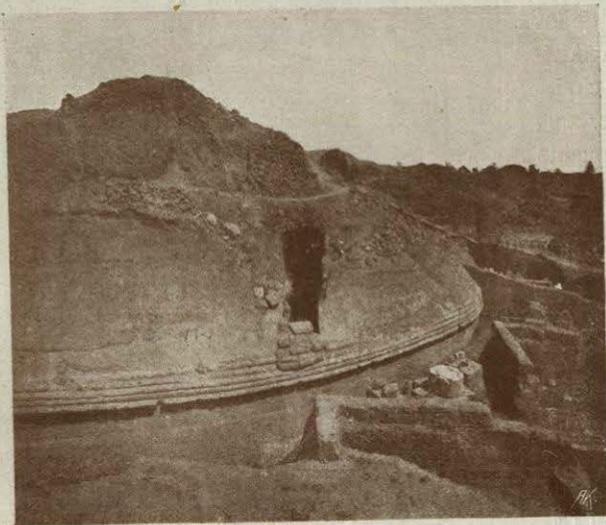


Fig. 577.—Tumba etrusca en forma de túmulo. CERE.

las *terramares* (fig. 576). Sea como fuere, la confederación de las ciudades etruscas formaba un estado muy superior al de las demás poblaciones vecinas (ya hemos visto como por el Sur ejerció tutela sobre Roma y el Lacio, por el Oeste atravesó el Apennino, fundando colonias en el Adriático como la de Felsina, que después fué Bologna, y por mar algunas veces, con varia suerte, midió sus fuerzas con los griegos de la Italia meridional y los fenicios).

La Etruria fué siempre un pueblo marítimo, conservando sus hijos en perpetuo atavismo los gustos, las supersticiones y la moral de las razas griegas de la Jonia. Adoptaron para enterrar sus muertos diferentes tipos de sepultura, pero el más antiguo y característico consistió en depositar los cadáveres en cámaras abiertas en la roca, con relieves exteriores imitando

vigas en pendiente (figura 578). Esto contribuye á relacionar los monumentos sepulcrales de la Etruria con los de la Lidia y á confirmar no poco la procedencia oriental señalada por Herodoto. Los antiguos etruscos, hasta en tiempo de Tiberio, se acordaban de su primitivo origen asiático; pero, además, en sus vestidos, costumbres y tradiciones subsistieron cien otros vestigios de la raíz jónica de su raza.

Las tumbas etruscas estaban generalmente pintadas con frescos que decoraban los muros de las grandes cámaras (fig. 579). Los hipogeos etruscos tienen frisos llenos de figuras, muchas veces en sorprendente buen estado de conservación. Aparecen allí, en el desarrollo cronológico de la civilización etrusca, todos los estilos que suponemos debieron emplear los griegos en sus decoraciones murales, que se imitan en Etruria: zonas superpuestas de figuras pequeñas, composiciones algo mayores de figuras de siluetas opacas, y, por fin, la imitación de los frescos con colores claros de la escuela de Polignoto y sus discípulos.

Las decoraciones de las tumbas etruscas han servido muchísimo para darnos idea de la pintura griega, aunque ejecutadas por artistas locales, porque á falta de los frescos encontrados en la Grecia propia, estas imitaciones de Etruria nos enseñan la evolución de las escuelas griegas de pintura.

Se ven allí representadas escenas de luchas de gladiadores y atletas, corridas de carros y combates, y también motivos arquitectónicos; frisos y puertas,

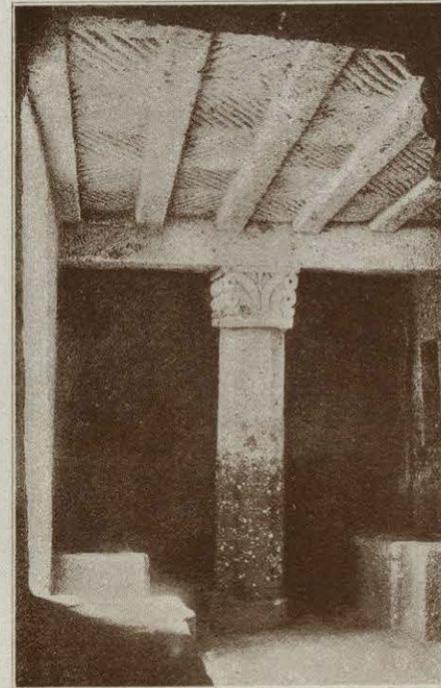


Fig. 578.—Cámara de la tumba etrusca llamada de las columnas. CERE.

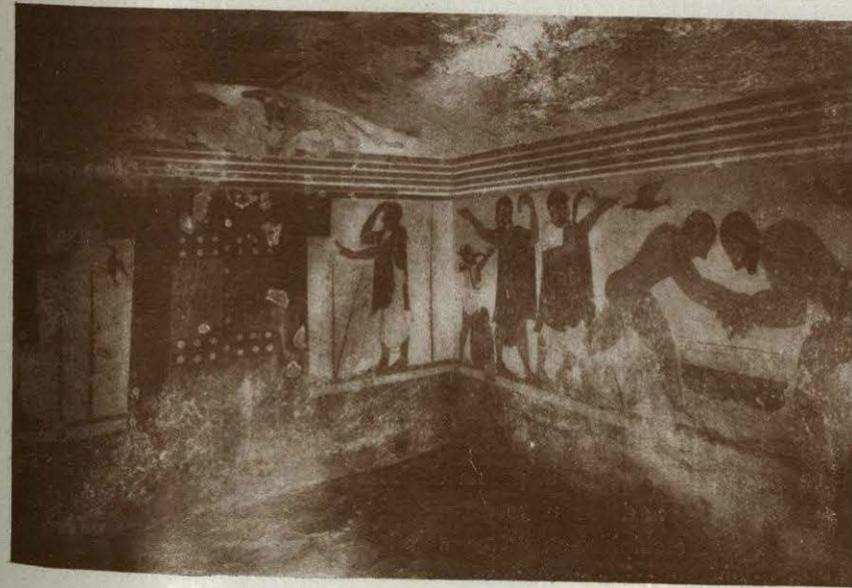


Fig. 579.—Cámara funeraria de una tumba etrusca. CORNETO.



Fig. 580. — Sarcófago etrusco de cerámica. (Museo de Villa Giulia). ROMA.

y pilastras figuradas en las paredes. La tumba es una verdadera habitación subterránea, en que se ha procurado recordar lo mejor posible el espectáculo animado de la vida urbana.

Los cadáveres, depositados en estas cámaras, están encerrados en nichos abiertos en la pared ó en sarcófagos de cerámica ó piedra. Los sarcófagos de cerámica, que parecen ser los más antiguos, tienen la forma de un sofá ó lecho griego y están sostenidos sobre cuatro pies, con las volutas y palmetas del arte jónico. Encima de la tapa acostumbran á estar representados los difuntos, con su tipo graso linfático; frecuentemente los dos esposos reunidos, acompañándose en la otra vida (fig. 580). Más tarde los sarcófagos etruscos son de piedra y la caja está también decorada con relieves, representando á menudo asuntos griegos, pero interpretados con un sentido especial de fuerza y crueldad. Sin embargo, aparecen también tipos desconocidos del arte helénico, genios alados que abren la puerta de la tumba, disponiéndola para recibir al difunto, al que acompañan en su tránsito ó lo reciben de los brazos de sus padres y parientes, que se despiden del ser querido (figs. 581 y 582).

A veces estos genios alados, con una antorcha encendida en la mano y pequeños cuernos rizados, son tipos andróginos de especial belleza, como los ángeles del Renacimiento; su función parece fué tan sólo la de acompañantes de las almas; sentados en la puerta de las tumbas, son los guardianes fieles que defienden la paz del sepulcro.

Las figuras esculpidas en las tapas de los sarcófagos representan al difunto vestido con largas ropas de ricas telas, como usaban los griegos asiáticos; hombres y mujeres iban materialmente cargados de joyas, con ricos collares y braza-

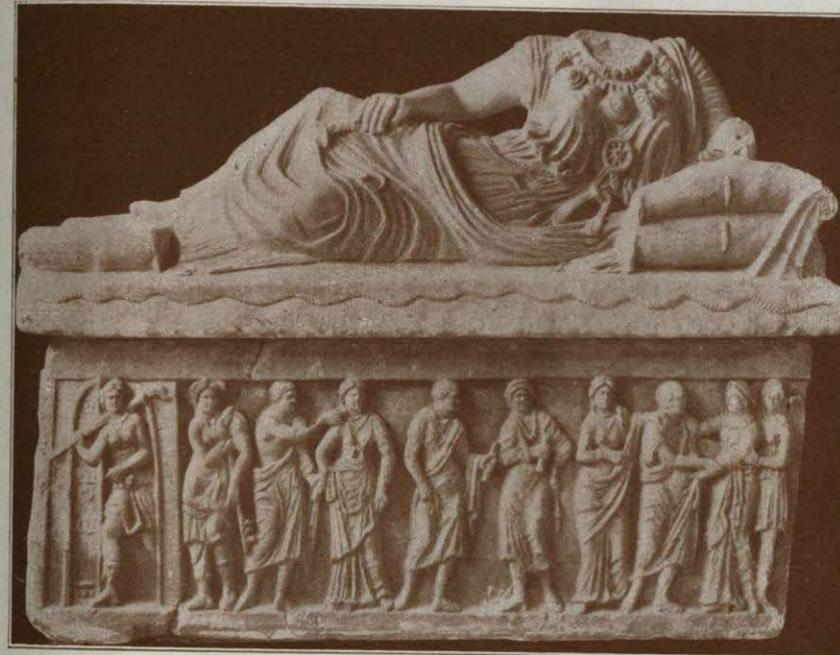


Fig. 581. — Sarcófago etrusco. (Museo de Palermo)

letes, que muchas veces reproducen con exageración los retratos funerarios (figura 581). Estas joyas etruscas, que se han encontrado también en las tumbas, constituyen seguramente las más ricas producciones de la orfebrería en la antigüedad; son collares con piezas colgantes, pendientes para las orejas con perlas



Fig. 582. — Sarcófagos etruscos procedentes de Italia. (Museo de Barcelona)